

Luis Fernando Hermida Peña, un compositor nuevo

Entrevista de Joaquín Peña Gutiérrez



¿De dónde eres? ¿Cuándo naciste?

Si me preguntas de donde soy, te respondo que soy tan opita como una ralajeña o un bizcocho de achira, pues mis padres y ancestros vienen de esa tierra y desde pequeño me enseñaron a quererla y respetarla, además de amar sus tradiciones. Me crie en Garzón, Huila, y disfruté de esta bella ciudad hasta que la tuve que dejar para comenzar mis estudios universitarios.

Nací el 9 de noviembre de 1982, en Bogotá, ciudad con la que me siento agradecido por abrirme las puertas y ser mi casa durante estos años recientes, así como por abrirme las oportunidades profesionales que me ha dado.

¿Quiénes son tus padres? ¿Hay en ellos inclinaciones o prácticas artísticas o musicales?

Mi padre, Orlando Hermida, era un médico radiólogo amante del ciclismo, del campo y la naturaleza. Mamador de gallo y con una velocidad mental que poco veo hoy en día. Mi madre, Silvia Cadena, es una mujer dedicada y maternal, con unos ojos que no obedecen al paso de los años. Aunque mis

padres no fueron músicos, siempre recuerdo a mi mamá cantando en las mañanas, nunca a un nivel profesional.

¿Te criaste con música? ¿Cómo te llega la música y de qué tipo era?

Creo que siempre he sido afín a la música, desde que tengo memoria. En preescolar, por ejemplo, tocaba la tambora. Luego llegaron los vallenatos de Escalona (reencuchados por Carlos Vives) y toqué un poco de acordeón. Luego, en Garzón, empecé a tomar clases de guitarra popular y aprendí bambucos, pasillos, guabinas, danzas... Y ya no pude dejar de escuchar esta música y de tocar guitarra nunca más.

¿Cómo se define tu simpatía por una música? ¿Cómo tomaste la decisión de interpretar los géneros que interpretas, en los que eres músico?

Yo diría que esa simpatía radica en la capacidad que tiene el hombre de vibrar y estremecerse a partir de propuestas sonoras, de identificarse con ellas... En mí caso, el hecho de hacer música andina colombiana es algo normal, pues vivir en una pequeña



Mi primera canción se la hice a una novia que tenía por aquella época. Y ya después empecé a ser consciente de que había una responsabilidad grande al crear canciones, más en un país como Colombia, que necesita de voces claras e ideas sólidas.

población rodeada de montañas, con agua por doquier y por donde pasa el río Magdalena arrullando los sueños hizo que, con tocar solo una guabina, sintiera que era el lenguaje que debía usar en mis canciones.

¿Cómo se insinúa en ti el camino de la música? ¿Cómo se te aparece la música antes y después de que supieras que componías?

Después de comenzar las clases de guitarra en la casa de la cultura de Garzón, empecé a tocar con algunos amigos, aunque debo decir que sin mayor pretensión. Ensayábamos cinco o seis horas siempre que podíamos, pero era como un juego. Buscábamos simplemente que sonara de la mejor forma.

Mi primera canción se la hice a una novia que tenía por aquella época. Y ya después empecé a ser consciente de que había una responsabilidad grande al crear canciones, más en un país como Colombia, que necesita de voces claras e ideas sólidas. Para mí, dos importantes referentes son los maestros Gustavo Adolfo Renjito y Jorge Velosa, ejemplos claro del oficio de un cantautor de la montaña andina colombiana.

¿A partir de qué circunstancias vitales o musicales te consideras un músico?

Me considero músico siempre que tengo algo que decir, pero me faltan las palabras. Al tener una guitarra, siento que me comunico con el mundo y me expreso en mi mejor lenguaje.

¿Cuándo y por qué la música se convierte para ti en una vocación y en una opción de vida?

Desde niño he querido hacer música. Luego, cuando vamos creciendo y toca definir “de qué vamos a vivir”, pensaba en tener una opción que no solo me ayudara a tener recursos, sino a ser feliz. Pensando en esa búsqueda de felicidad, decidí que en mi vida debe estar siempre la música.

¿Qué estudios formales has hecho de música?

Yo estudié inicialmente en el Huila, en la Casa de la Cultura y en el Instituto de Cultura, en donde recibí clases de guitarra popular. También se estudiaba armonía básica y gramática. Del conservatorio de Neiva nos mandaban un profesor de guitarra clásica. En Bogotá, estudié armonía y composición con el maestro Alex Cuesta.

Ahora, en Brasil, estoy en la Escuela de Choro Raphael Rabelo. Debo decir que, además, decidí estudiar el sonido como ciencia, su comportamiento en salas, el funcionamiento de instrumentos musicales, la forma como el ser humano percibe el sonido, etc. Por eso, hice mi pregrado en ingeniería de sonido y una maestría en ingeniería acústica en España.

¿Cuáles son los aportes de esos estudios a tu formación y en tu naturaleza de músico?

Estudiar música e ingeniería me ha permitido tener una mirada un poco más amplia de lo que es el sonido y la música. Más allá del conocimiento que vas adquiriendo, la música te forma en aspectos como la disciplina, el trabajo en equipo, la tolerancia... Creo que, sin lo que he estudiado, no tendría nada de lo poco que he alcanzado en mi carrera.

¿La formación académica no llega a interponerse en el proceso creador del compositor de música?

Nunca. Considero que la formación académica te va dando una gran cantidad de herramientas que luego podrás usar para desarrollar tu actividad artística.

¿Por qué la música colombiana andina como modalidad musical para tu vida?

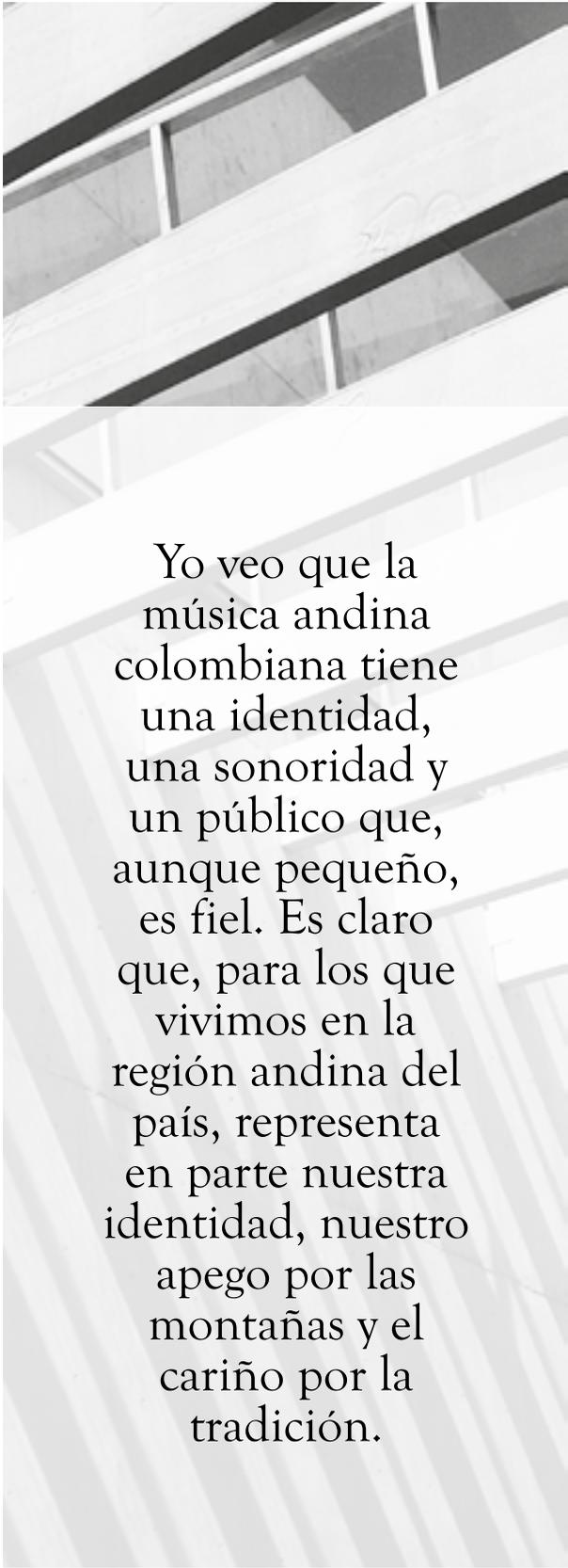
Porque es la música con la que mi corazón vibra. Es la música de mi tierra, de mis padres, de mis montañas y ríos. Aprecio muchísimo otro tipo de música, pero mi lenguaje es creado en bambucos, guabinas, pasillos, torbellinos, cañas y danzas.

¿Cómo ves este tipo de música en el panorama cultural colombiano y de qué manera actúa esa música en ese panorama? ¿Hay varias corrientes en su interior?

Yo veo que la música andina colombiana tiene una identidad, una sonoridad y un público que, aunque pequeño, es fiel. Es claro que, para los que vivimos en la región andina del país, representa en parte nuestra identidad, nuestro apego por las montañas y el cariño por la tradición.

En la actualidad, encuentro dos vertientes muy marcadas: los que gustan de la sonoridad tradicional (lo que incluye temáticas de letras, manejo en el discurso armónico); y los que abogan por hacer una música de acuerdo con lo que se vive hoy en día. Estas vertientes llevan ya algún tiempo en “disputa” y, a veces, parecen acercarse y, otras, parecen alejarse más.

En lo personal, considero que las dos deben coexistir, pues, si bien un campesino puede escuchar un bambuco de los viejos con su radio terciado mientras recoge café, ¿por qué no permitirle lo mismo a un estudiante que va por Transmilenio?



Yo veo que la música andina colombiana tiene una identidad, una sonoridad y un público que, aunque pequeño, es fiel. Es claro que, para los que vivimos en la región andina del país, representa en parte nuestra identidad, nuestro apego por las montañas y el cariño por la tradición.

Lo que pasa es que los discursos deben permitir y ofrecer una opción de cambio y ajustarse según la época, de modo que todos logremos de alguna manera identificarnos con nuestra música.

Es indiscutible que los artistas hacen uso de las herramientas que tienen a su disposición para desarrollar su arte. Por eso, hoy pregunto ¿por qué recusar al uso de las tecnologías en este género o por qué no combinar el paseo a lomo de caballo con uno en carro por la ciudad?

Igualmente, pienso que el verdadero reto de este género es lograr que esas líneas coexistan, se nutran, cautiven y enganchen al público, cosa en la cual trabajan compositores importantes y de recorrido, como los maestros León Cardona, Germán Darío Pérez, Gustavo Adolfo Renjifo, Luz Marina Posada, Diego Sánchez (profesor de la Universidad Central y también opita), Ancízar Castrillón y todos los otros que se me quedan por fuera (no por falta de memoria, sino por falta de espacio en el papel).

¿Qué distinciones has obtenido con tu trabajo musical, como intérprete, como compositor?

Como compositor he logrado obtener dos veces el primer puesto en el Festival Mono Núñez (2006 y 2009). Además, he ganado el primer puesto en los festivales nacionales Hato Viejo Cotrafa (2013), José A.

Morales (2009) y Festival Nacional del Bunde (2008).

En el año 2012, fui seleccionado como el único latinoamericano en el CD Global Rockstar, que fue presentado en el importante evento Río+20, en Río de Janeiro. Como intérprete, junto con Juan Consuegra y Fáber Grajales, mis compañeros en el grupo Oí, hemos ganado festivales como el Mono Núñez, Antioquia le Canta a Colombia y la gran bienal de música organizada por el teatro de Bellas Artes.

Además, he tocado con Joaquín Sabina y he representado a Colombia en el Festival Internacional de Música en Cartagena y en el Festival Internacional de Folklore de Cosquín, en Argentina.

Como creador, ¿cómo nacen tus canciones? ¿Cómo aparecen o empiezan a tomar cuerpo? ¿Cómo las ves y cómo se confirman y pasan de no existir a existir?

Las canciones pueden empezar por una imagen, un sentimiento o una palabra perdida. Empiezan a tomar forma al sentarme con guitarra, papel y lápiz a darle forma a esa idea general. Este proceso puede ser rápido o lento... Es variable.

Yo las canto y las grabo, pero verdaderamente toman forma cuando las cantan otras personas. Cuando veo que alguien se apropia de ellas es cuando toman vida. Como me decía el maestro Gustavo Adolfo Renjifo, las canciones van tomando vuelo y personalidad a medida que otras personas las canta.

¿Cómo vive una persona dedicada a la música colombiana andina? ¿De qué vive?

Yo vivo de trabajar en la academia, trabajo como profesor de universidad. En mi caso, hago música porque es mi pasión, pero es sagrada para mí. No tengo la presión de que, si no vendo, no como. Eso me ha permitido hacer una música libre y a mi gusto.

¿Cómo te sientes en la confrontación entre las generaciones de música anteriores y la tuya?

La idea de que “todo tiempo pasado fue mejor” siempre está latente. Esa añoranza es difícil porque muchas veces hace que la entrada de nuevos compositores no sea fácil, pero es todo un reto. Yo no diría que es una confrontación. Yo creo más en un empalme, la idea de seguir construyendo, de preservar lo que ellos han hecho y logrado, pero también de proponer y dar mi posición. ■

